

guió siendo varia y los hombres distintos", una historia antídoto contra esa enfermedad nacional que es la historia de bronce, la de Luis González tiene por lo menos otras dos prendas notables. En primer lugar, como hacía Cosío Villegas, pero creo que con más claridad, González identifica a los responsables de la historia que no suelen ser las masas, ni tampoco las grandes personalidades, sino las élites rectoras. Se pregunta *quiénes* antes de preguntarse *porqué*, costumbre hermenéutica que haría mucho bien si la adoptaran los metafísicos de la historia. Hablar de élites lo lleva a tomar en serio la ocurrencia de Ortega sobre el método histórico de las generaciones. Aquí, como en muchas otras cosas, ante la bancarrota de los sistemas de explicación profunda, el buen sentido común enseña que la historia se mueve en parte por generaciones de hombres que siguen un ciclo biológico: lo que ahora es moda y es novedoso, lo que ahora opera, mañana es una camisa de fuerza que habrá de estallar. ¿Por qué las cosas son frescas y crecen, por qué se corrompen y mueren? Nadie sabe y el historiador prudente, menos.

La otra virtud está en el estilo. Hay algo de la economía verbal y la sabiduría de la adjetivación de Borges en lo que escribe Luis González. Del Borges barroco y del Borges que dice simplemente las cosas más complicadas. Pero la mayor cualidad del estilo está en el humor y en su tono coloquial. Luis González se sienta a la mesa y nos cuenta el cuento del liberalismo triunfante, un sabroso cuento de victorias pírricas, de ensueños nacionales, de había una vez un hombre grande, y de la historia de México como un fuego de artificio.

Enrique Krauze

## El Desarrollo y las Crisis de la Filosofía de Ramón Xirau

Alianza Editorial  
Madrid, 1975

**E**l libro del profesor Xirau no es una historia de la filosofía en su sentido usual. Tampoco es una introducción a la filosofía en su sentido usual. Esto no impide que se le pueda utilizar en ambos sentidos. La claridad de la exposición, la seriedad de sus propósitos y la sensibilidad ante cualquier problema hacen que el libro sea sumamente recomendable para cualquier tarea docente; y, cosa más importante, su lectura es muy agradable. Como ante un poema interesante, lo importante le llega a uno con tranquilidad, sin estridencias. El profesor Xirau sostiene tesis que es de importancia analizar.

Varios son los temas, que aunque brevemente, merecen la pena destacarse. A ellos ceñiremos nuestro tratamiento. Son los siguientes: 1) su concepción de la filosofía de la historia (o de la historia del pensamiento); 2) su concepción de la filosofía; 3) su concepción de lo que considera ser la "crisis" en la historia de tal pensamiento; 4) su filosofía, más bien implícita, de la religión. Analicemos, pues, por separado, cada uno de estos apartados.

1) El profesor Xirau deja bien claro que no intenta "encontrar una "ley" universal para el desarrollo del pensamiento." Con razón opina así ya que, realmente, no podía ser de otra forma; en la historia del pensamiento, filosófico o no, ocurre como en cualquier campo de la historia: que no se da la unanimidad necesaria en lo que a las regularidades se refiere y las leyes, por su parte, no son sino esas regularidades detectadas en los fenómenos a investigar. El autor, en consecuencia, se conforma con ofrecernos "ritmos... melodías... pautas" que nos aclaren —que nos hagan *entender*, añadiríamos nosotros— el devenir de nuestra historia filosófica. Pero una cosa es no haber encontrado y otra cosa no buscar. Estamos seguros que el profesor Xirau, sin limitarse simplemente a describir he-

chos, quisiera encontrar alguna regularidad en sentido fuerte. Negar esto sería tanto como negar el deseo de comprensión que caracteriza cualquier búsqueda. Y afirmar es poner al profesor Xirau ante uno de los problemas más insolubles con los que cualquier historiador y filósofo puede encontrarse.

Como reconoce nuestro autor, cualquier ley, *sensu stricto*, falla a la hora de explicar el acontecer histórico filosófico. Supongamos, por usar un ejemplo harto conocido, la hipótesis siguiente: es en épocas de crisis y decadencia cuando se desarrollan más formalismos. De este modo, los estoicos, filósofos inmediatamente posteriores a los grandes clásicos griegos, pasan a la historia de la filosofía como potentes cultivadores de la lógica puesta en marcha por Aristóteles. Desarrollan, concretamente, el cálculo proposicional mientras que Aristóteles estudió primordialmente el cálculo de predicados. También refinan el concepto de regla. Ahora bien, lo primero que puede preguntarse uno es por qué los escépticos o ipicúreos no van a la par de los estoicos en tales descubrimientos. Más aún, ¿cómo es posible que sean precisamente aquellos que más conservan una doctrina sistemática al estilo de las grandes "summas" los que más destilen el razonamiento formal? Las objeciones podrían multiplicarse.

Cualquier hipótesis de este tipo, por tanto, está sujeta a tantas restricciones que al final se convierte en un cúmulo de argumentaciones *ad hoc* carentes de relevancia.

Pero volvamos a las pautas señaladas por el profesor Xirau. Uno se atrevería a decir que dichas pautas serán más pautas cuanto más se acerquen, de algún modo, al concepto de ley. Si,

por otro lado, no se nos da un criterio para calibrar tal proximidad. ¿cuál es el valor de la pauta?. La respuesta inmediata podría consistir en afirmar que nos sirven para comprender las "crisis", pero a no ser que caigamos en una *petitio principii*, habrá que esperar a la dilucidación de lo que las crisis son para dar una respuesta adecuada a esta cuestión. La solución habrá, finalmente, que encontrarla en el sistema de valores de los que parte el profesor Xirau, y que como leit-motiv recorren todo su libro. Desde ese sistema —lo podemos bautizar ya como el de la armonía de todas las facultades— es claro que pueden ofrecerse pautas. Lo que ocurre ese que, como el mismo profesor Xirau sería el primero en reconocer, otros pueden tener, y de hecho tienen, sistemas de valores muy distintos. Para el profesor Xirau la unidad armónica del Logos y el Eros, al menos, es condición necesaria para enjuiciar positivamente una filosofía. Desde otros presupuestos se puede pensar que tal armonía es una noción no del todo clara, que uno puede arbitrar interpretaciones menos complejas y tan consistentes como la del profesor Xirau. Pero antes de seguir adelante conviene poner en claro la estructura del sistema de valores aludido. De este modo hemos de remitirnos a su concepción de la filosofía. Llegamos así al segundo punto.

2) La filosofía, según el profesor Xirau, se realiza en plenitud de modo totalizante. ¿Qué es lo que quiere decir esto? La impresión que recibe uno recorriendo las páginas del libro, desde el trato que da a ciertos místicos, pasando por las referencias continuas y laudatorias a Bergson, hasta la admiración por los grandes sistemas "cerrados", etc., es que la actitud filosófica es, como tal, ambiciosa: unidad de pensamiento y acción, armonía entre razón y sentimiento, simbiosis entre la ciencia y el arte, complementariedad de todas las partes del sistema y rematándolo una apertura a lo trascendente que deja "abiertos" a los sistemas "cerrados". Platón o Santo Tomás podrían ser sus modelos y el manido dicho de Whitehead de que la filosofía occidental no es sino poner notas al pie de página a Platón el lema para luchar en la búsqueda del tiempo perdido. Hasta aquí, y dentro de las enormes limitaciones de toda esquematización, lo que el profesor Xirau piensa. Personalmente me encuentro más cerca de una concepción de la filosofía como actividad crítica y, en consecuencia, fundamentalmente racional, que de una concepción ético-estética como la que parece sus-



tentar el profesor Xirau. A la altura de nuestro tiempo no es nada fácil mantener una concepción de la filosofía que corre el peligro de deslizarse o bien hacia sugerencias poéticas— y para eso ya están los poetas que lo suelen hacer bastante bien, como mejor que nadie conoce el profesor Xirau— o caer en un cuasisistema universal que, a fuerza de querer abarcarlo todo, se resquebraja por cada una de sus partes. Puesto a elegir entre una actividad filosófica más escindida pero más crítica y otra más unitaria y menos incisiva, opto, con mis dudas, claro está, por la primera y creo que, históricamente, no es fácil elegir de otra manera. Es cierto que el profesor Xirau podría contestar diciendo que esto no hace sino confirmar su tesis: perteneczo, como la mayor parte de los contemporáneos, a una filosofía en crisis, que toma la parte por el todo. Con el mismo derecho, sin embargo, puedo replicar diciendo que si no acepto— ¿por qué he de aceptarlo?— el esquema inicial del profesor Xirau, lo que se pone en crisis es precisamente tal esquema. Una vez más, el sistema de valores

del profesor Xirau es determinante en su obra y según éste estamos en crisis. Pero, ¿qué quiere decir entrar en una época de crisis? Sólo respondiendo a esta cuestión podemos captar lo que realmente el libro quiere decirnos. Es lo que a continuación vamos a ver.

3) A lo largo de su libro el profesor Xirau nos va dando diversas nociones y ejemplos de lo que entiende por crisis. Algo que les es común a todos ellos se resumiría diciendo que crisis es tomar la parte por el todo, absolutizando al mismo tiempo la parte. Cronológicamente tales periodos críticos habrían tenido lugar, dentro de la filosofía occidental, a continuación de las grandes épocas de creación y síntesis y en los que cada cosa estaría en su sitio sin dar lugar a aquella desproporción consistente en desarmonizar el conjunto en beneficio de una de sus partes y que sería, repetimos, la característica principal de eso que el profesor Xirau llama "crisis". ¿Qué hemos de decir a esto?

Conviene, antes de nada, hacer justicia a lo que el profesor Xirau entiende por crisis. Un pequeño rodeo nos servirá para entenderle mejor. "Todo", "parte", "suma" de partes componiendo o no el todo, son términos excesivamente cargados como para no exigir una previa clarificación si no queremos perdernos en un mar de metáforas. E. Nagel, por ejemplo, distinguía, sin mayor esfuerzo, entre ocho acepciones distintas de "parte" y "todo". No sería difícil arbitrar muchas más. El mismo Nagel insistía en que incluso en una ciencia formal como es la matemática podemos tener diversos significados de "todo" y "parte" que pondrían en cuestión proposiciones, intuitivamente analíticas, tales como "el todo es mayor que la parte". Las nociones de todo y parte son, por tanto, enormemente relativas y si queremos encontrar el hilo conductor que nos haga entender lo que el profesor Xirau nos dice hemos de volver, una vez más, a lo ya antes señalado: la crisis surgiría cuando se desorbita algo en detrimento del resto de los componentes del conjunto. Así se destruye la posible armonía, se escinde a la persona en partes irreconciliables. Ahora bien, si crisis es sólo esto, ¿cómo podrían entenderse su crítica a Feuerbach? Citando directamente al profesor Xirau:

"Y Feuerbach es típico de aquellos que toman la parte por el todo y absolutizan la parte. En Feuerbach, este ser que es parte del mundo —el hombre— se convierte en el HOMBRE".

Pero para entender por qué Feuerbach es un típico representante de la

crisis no es suficiente con lo dicho hasta el momento. En primer lugar, no se ve fácilmente cómo puede decirse que Feuerbach toma la parte por el todo. Lo único que queda claro es que lo que unos ponen en Dios, lo coloca en el hombre. Dicho de otra manera, el punto de referencia ha cambiado, nada más. Y, en segundo lugar, es difícil encontrar en toda la historia de la filosofía un pensador más armónico y que haga más justicia a las distintas capacidades del hombre que Feuerbach. Lo que ocurre es que, sugiere implícitamente el profesor Xirau, Dios debe ocupar un lugar preferente y no el hombre; pero, entonces, estamos alejándonos ya de las nociones de todo y parte y hemos de buscar en otro sitio aquello a lo que nos apunta el profesor Xirau.

Nos vemos remitidos así, otra vez al sistema de valores de nuestro autor. En este sistema el Otro (como él mismo lo llama) es el punto central que da sentido al resto de las partes. Es así como podemos entender el que, para él, tomar el todo por la parte, entrar en crisis, tenga que ver con la idolatría. La crisis, pues, sería suprimir a Dios sustituyéndolo por pequeños dioses incapaces de llenar la función de aquél. Pero si esto es así, entramos en el más decisivo de los supuestos del libro, es decir, en lo que hemos llamado filosofía implícita de la religión o "metafísica razonada" como el mismo autor la denomina.

4) Llegamos pues a aquel aspecto que, muchas veces escondido, guía toda la obra del profesor Xirau. En este punto no sólo es valiente sino que aborda con decisión algo que, como él mismo lo señala, suele dejarse de lado con excesiva alegría en nuestro tiempo. Si en el segundo punto tratábamos de la metafísica del profesor Xirau, nos toca tratar ahora de su metateología. Nos puede servir de ayuda, para comenzar, lo que en un contexto distinto, pero con finalidad parecida, decía el lógico G. E. Hughes. Permítasenos citar-lo: "... el lenguaje religioso es un 'fait accompli' establecido desde hace mucho tiempo, algo que realiza una tarea... que no puede hacer otro segmento del lenguaje. Es ésta la razón... por la que siento una tentación muy fuerte de pensar que los enunciados religiosos están, en su 'rock-bottom' en orden, es decir, en su propio orden". Como vemos, tanto para Hughes como para Xirau una buena parte de la existencia humana quedaría cercenada si extirpáramos el lenguaje religioso. Más aún, parece que es a ese Segmento (lo escribimos con mayúscula ya que así

escribe el profesor Xirau Palabra), o mejor a pérdida, a la que se debe una de las causas más profundas de la crisis de nuestro tiempo. Dejemos hablar a Xirau: "Y si el hombre moderno, si el hombre contemporáneo quiere salir de su crisis sin ignorar su finitud, sin querer alcanzar a ser su propio Dios, tendrá que buscar, en la morada de este mundo, la armonía que algunos hombres, acaso algunos momentos de la historia, han parecido poder alcanzar". Y pocas líneas después: "... porque, en última instancia, la verdadera preocupación del hombre es religiosa. Por los caminos de la religión... los hombres podrán volver a estar sobre sí, a estar con los demás muy a sabiendas de que estar no consiste en querer ser su propio Dios". Creo que es ésta la clave del libro y lo que arroja luz sobre las preguntas que, en puntos anteriores, han ido surgiendo.

El profesor Xirau no trata de demostrar su filosofía de la religión. Nada hay que reprocharle ya que cualquier prueba, en este contexto, estaría fuera de lugar. No intenta tampoco convencer sino que hace una serie de invitaciones a participar de determinadas vivencias. Conviene, no obstante, hacer alguna precisión. De la misma forma que más de uno contestaba a Hughes proponiendo otros segmentos del lenguaje que cumpliera la función que aquél reservaba al lenguaje religioso, nosotros nos sentimos cerca de McIntyre cuando insiste en las dificultades *sociológicas* de la religión en nuestro tiempo. El hecho de que se usen símbolos religiosos ni supone ni implica que refieran ya, en nuestros días, a algo estrictamente religioso. Puede querer decir, simplemente, que no se han encontrado otros mejores. Bajo el ropaje de tales signos nos encontramos, con harta frecuencia, con la sustancia de la incredulidad. La historia, ciertamente, nada prueba, en el sentido fuerte de prueba, pero va detronando formas de vida que, tal vez, no renazcan nunca como en su primer parto. El profesor Xirau, bien es verdad, filósofo sugerente e imaginativo, amplía el ámbito de lo religioso de forma que un Pascal, un Heidegger o un Wittgenstein, tienen cabida en su esquema conceptual.

Uno que parafraseando a Quine, comparte el gozo de los paisajes desérticos, no puede por menos de admirar la coherencia, el entusiasmo y el optimismo que impregnan el sistema de valores que el profesor Xirau nos propone.

Xavier Sadaba Garay